Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 15

San José, Costa Rica 1924 Jueves 3 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El pensamiento de Bolívar

I

Si hay un hombre, en la historia de América, a quien se deban todos los homenajes de los ibero-americanos; una figura de primer orden ante la cual rindan pleitesía las naciones prohijadas en el mundo de Colón por España y Portugal; un espíritu cíclico como los grandes genios que honran al linaje humano; un semidiós para los destinos de la Raza, este hombre es Bolívar. Su obra no cabe en los límites de una patria. Su pensamiento, siempre superior a su «momento histórico», excede los contornos de las creaciones circunscritas, «demasiado humanas», y prevé el porvenir, se anticipa al destino y se convierte en ley, no ya de sus contemporáneos, sino de la más remota posteridad. Este mundo americano debería llamarse con uno de los egregios nombres que hoy ostentan, ufanas dos repúblicas de la estirpe: COLOMBIA, BOLIVIA. O el prócer genovés que determinó con su esfuerzo la geografía política del Continente o el prócer americano que lo soñó unido y libre, a despecho de todas las condiciones negativas de su acción, serían los únicos dignos de denominar con su propio y genuino heroísmo estas vastas tierras que se extienden desde el río Bravo hasta la punta austral de Chile. No AMÉRICA. AMÉRICA no. COLOMBIA o BOLIVIA. Los yanquis han usurpado la denominación genérica de nuestros pueblos. Llámanse así mismos, y Europa los nombra: AMÉRICA. Reivindiquemos para nosotros estas denominaciones heroicas: COLOMBIA, BOLIVIA; y dejemos a los sajones la gloria de llamarse como el cartógrafo afortunado que usurpó al genio el derecho de apellidar a un continente.

II

La idea de una unión o liga americana fué del Libertador insigne. El redentor de Colombia, el héroe epónimo del Perú, no bien consumó su obra en la vieja «Ciudad de los Reyes», cuando se dirigió a los gobiernos de las demás repúblicas latinas, invitándolos a mandar sus representantes a un Congreso plenario con el fin de celebrar el nacimiento de la Anfictionía hispano-americana. México, Perú, Chile y Buenos Aires, habrían de discutir y firmar el protocolo diplomático de sus destinos en el Istmo de Panamá «colocado como se halla—, dice Bolívar—, en el centro del globo; viendo por una parte al Asia y por la otra al Africa y la Europa». Y agrega en confirmación de su pensamiento: «Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino».

El objeto del Congreso fíjalo Bolívar en estos términos memorables: La Asamblea nos serviría «de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias».

Corría el año 1822 cuando lanzó el Libertador su circular unionista. Es decir, la idea de una liga de naciones es tan vieja como las naciones mismas formadas con los despojos del inmenso poderío español. Y su autor es el hombre que derrotó a España en las jornadas gloriosas de Ayacucho y Junín.

III

«El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto con el de Panamá?...»

(Pasa a la página siguiente).

La muerte del Estado

He aquí una defunción inesperada. No existe seguramente registro donde inscribirla. Después de que creció durante la gran guerra el poder y la influencia del Estado, de que se sometieron los hombres a su tutela, y un socialismo apresurado creyó realizar definitivas conquistas, los observadores más imparciales confiesan que decae el «monstruo frío» de Nietzsche y que va tal vez a escapar el individuo a su dura vigilancia.

Los grupos, los sindicatos, los *cartells*, las asociaciones gremiales aspiran a reemplazar al gobierno enflaquecido. Junto a los poderes oficiales se levantan autoridades sin mandato que intervienen en la economía nacional. En la Italia renaciente, el Fascio; en la Alemania fatigada, Stinnes. El primero se convierte en fuerza política consagrada, y conserva, sin embargo, su carácter original. Tiene milicia propia, organizaciones que practican la violencia. Domina a los demás partidos por el temor, está resuelto a crear una nueva clase directora, a encauzar la opinión, reduce la actividad y la iniciativa del parlamento. Stinnes trata en pie de igualdad, en nombre de los industriales congregados con el poder civil; discute medidas de gobierno, ofrece salvar al Estado en bancarrota. Es un César económico, el Bismarck de la edad presente, dice de él el Conde Keyserling, que estudia la primacía de la finanza sobre la política en el inmediato porvenir de Alemania y de Europa.

En la misma Francia sensata, hostil a trasmutaciones radicales, en la república orgullosa de la victoria, también se desconfía del gobierno. Está enfermo, declaran espíritus audaces, es incapaz de dirigir la vida nacional. Los *Estados Generales* acaban de reunirse,

como en el Antiguo Régimen, un parlamento a que envían la industria, la agricultura, el comercio, las profesiones representantes que van a defender intereses precisos. Los antiguos estados se juntaban para limitar el poder real, combatían el predominio de una clase, la omnipotencia de la dinastía, el orgullo de las facciones; los nuevos se sustituyen al Estado decrépito, en movimiento de compasión y previsión. Este parlamento económico no sólo ha sido aprobado por quienes se asocian en contra del régimen, sino que sinceros republicanos, fatigados de la estéril agitación de los Congresos, de la elocuencia invasora y estéril, reconocen la utilidad de que sea convocada una Asamblea donde se discutan intereses y se propongan reformas positivas.

Nadie acusará a Mussolini, dictador mozo, de debilitar al Poder, de renunciar a instrumentos de gobierno. Ha declarado, sin embargo, en el Congreso del Comercio Internacional que se reunió en Roma en marzo de este año: «el gobierno debe dejar a la iniciativa privada el máximum de libertad de acción, el Estado debe renunciar a las funciones económicas». ¿Siente él también, después de haber concentrado en sus manos firmes todas las fuerzas que presiden a la restauración de Italia, el menguante del Estado?

Cuando se denuncia a la Banca internacional, al oro semita extraño al sentimiento de nacionalidad; cuando se atribuye las violentas oscilaciones del cambio a la acción de misteriosos agentes que se conciertan a despecho de las fronteras, la misma inquietud se manifiesta. El Estado se siente dominado por poderes superiores a él.

No muere sino que declara su flaqueza presente, después de años de excesivo predominio. ¿Vendrá a la tierra turbada la «perfecta gobernación de ley viva» que definía Fray Luis de León y se realizará el sueño de los quimeristas, una dulce anarquía rica de amor humano? Más bien, una multiplicación de poderes, la coexistencia de fuerzas ambiciosas, la regresión a la Edad Media que anuncia Mr. Chesterton. En vez del Imperio abundancia de pueblos menores en guerra constante y un feudalismo financiero. En Francia, se escribe que se levantan estados dentro del Estado y los *barones* de la industria, los *grandes vasallos* rebeldes gobiernan rudamente. En Estados Unidos, Mr. Wilson predicó la *nueva Libertad* contra el poder de los magnates. En Alemania, los grandes *conzerns* se entregan a un imperialismo tan áspero como el de Prusia.

F. GARCÍA CALDERÓN.

(*El Mundo*, México, D. F).

El pensamiento de Bolívar...

(Viene de la página anterior).

Así termina el célebre documento cuya prudencia, cuya intuición magnífica no han sabido interpretar aún los pueblos hispano-americanos. Por eso decíamos, al principiar este artículo, que Bolívar no sólo se convirtió en ley social de los contemporáneos, libertando a Colombia, Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador; logrando la independencia del Perú y la fundación de Bolivia; sino que es ley, todavía incumplida y de ingente y apremiante cumplimiento, de nuestros ideales contemporáneos, de nuestra actual vida colectiva ibero-americana.

Ninguna alianza más noble registraría la historia; ninguna más pacífica, ninguna otra más cordial. No se propondría un fin hostil al mundo ni a las otras razas que lo pueblan; sería la afirmación de un hecho histórico indubitable, la consagración de un derecho perenne. Vendría, en suma, a perfeccionar el régimen democrático de la América nuestra; la cual— y este es el punto más práctico e importante—, no dejará de tener déspotas que la deshonren hasta que la libertad de cada Estado se halle garantizada por la libertad de los demás. En una Anfictionía de nuestros pueblos no habrá un Juan Vicente Gómez sostenido por la diplomacia artera de los Estados Unidos. La libertad de todos será obra de la alianza común; y Washington y Bolívar, alentarán nuestro esfuerzo desde el mundo religioso que hoy habitan, transfigurados por la muerte y eternizados con el recuerdo de sus hijos.

Una de las condiciones de la «paz perpetua», según Kant, es que el derecho público se funde en una federación de Estados libres. Libres han de ser las democracias que mútuamente se auxilien. Así como son libres los individuos que, en el seno de un mismo país, se sirven de unos a otros de buena voluntad. La raza, la tradición, las costumbres, los ideales, los bienes, los deberes, los derechos, todo es común en nuestros países. Unos a otros nos hemos dado independencia y patria, pensamiento y acción. Sólo falta que el tiempo haga exterior y tangible lo que interiormente es una realidad y un noble credo jurídico y moral. Afiancemos el pensamiento de Bolívar en lo más íntimo de nuestro esfuerzo; que al fin es tan gallardo como cada patria singular y concreta, y tan viejo como el primer acto de autonomía de cada nación americana. En la mente generosa del Héroe, Colombia y la Unión ibero-americana nacieron juntas.

ANTONIO CASO.

(*Revista de Revistas*, México, D. F.)

Polvo de estrellas

Guachipelines
desde la vera
de mi camino,
arrojan flores
tan amarillas
como el martirio.

Siento un profundo
contentamiento
cuando las miro...
—Yo bien comprendo
que para echarlas
el viento vino.—

Y me imagino
que un ángel blanco
bajó del cielo,
de donde trajo
polvo de estrellas
para regarlo
sobre mi suelo.

Y pensativo
paso sobre ellas
como un monarca,
que lleva en su alma
los lentes blancos
con que se miran
las cosas raras.

Voy pensativo
sobre las flores
porque presiento
que son estrellas,
y que yo debo
pasar sobre ellas
tan suavemente
como los vientos.

Mil hombres pasan
sobre las flores
y no las sienten...
y éstas soportan
bien el martirio;
yo mientras paso
miro y admiro
las florecillas,
que como estrellas
están regadas
en mi camino!

MARCO TULIO SALAZAR.

Barba, 8 Dic. de 1923.

América y la crisis europea

Entre las postrimerías del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX, Europa fué testigo de una serie interminable de guerras, producto de una gran revolución. El principio del siglo XX habrá visto, por su parte, una serie interminable de revoluciones, que son hijas todas de una gran guerra.

Las convulsiones y las catástrofes políticas que la guerra mundial ha determinado desde 1917, son ya numerosas. Rusia comenzó en 1917. A fines de 1918, el ejemplo ruso fué imitado por los imperios germánicos; y así tuvimos la revolución alemana, la revolución austriaca y la revolución húngara. A esta última vino a juntarse una pequeña revolución búlgara.

En el mes de marzo de 1919 Hungría tuvo su segunda revolución, la revolución bolseviki, seguida bien pronto por una contrarrevolución de carácter dictatorial.

Vivimos un poco más tranquilos en 1920-21: pero con el año de 1922, los movimientos revolucionarios comenzaron de nuevo. Vino primeramente Grecia, la que después de los acontecimientos del Asia Menor, expulsó al Rey Constantino y acabó con sus ministros. Siguió después Italia con la revolución de los *camisas negras*. Pocos meses más tarde, Bulgaria hizo una segunda revolución, acabando con el Gobierno de Stamboulisky.

De los países beligerantes la enfermedad se ha comunicado a los países que tuvieron la buena suerte de mantenerse neutrales durante la guerra. El golpe de Estado español, es es primer ejemplo de este extraño contagio, que podría hacerse todavía más extensivo.

Y en la actualidad, cuando la impresión de los acontecimientos españoles apenas comenzaba a calmarse, he aquí que nos vemos amenazados por una segunda revolución alemana, que podría ser mucho más violenta y más profunda que la primera, pero que sin duda no será la última.

Toda Europa se encuentra más o menos en un estado de equilibrio inestable. La legalidad, tan fuerte hasta el año de 1914, vacila más o menos por dondequiera. Aun en aquellos países donde es más fuerte, como ocurre en Inglaterra y en Francia, las tendencias revolucionarias se acentúan, al menos en el dominio de la teoría, a la derecha y a la izquierda.

¡Porque hay hoy en todas partes partidos revolucionarios de la derecha, como si no bastaran los antiguos partidos revolucionarios de la izquierda!

Lo que es más grave es que este estado de cosas se encuentra destinado a durar muy largo tiempo. Hay muchas personas que se obstinan en creer que se trata solamente de perturbaciones pasajeras y superficiales, de las que bien pronto se verá curada Europa. Pero es una ilusión. La destrucción del sistema monárquico, que se produjo en 1917-18, con la caída de los Romanoff, de los Hapsburgo y de las dinastías alemanas, grandes y pequeñas, ha dejado a las dos terceras partes de Europa sin gobiernos.

De un día a otro los pueblos, que se encontraban habituados a que los gobernaran las Cortes, aunque éstas se hicieran ayudar por los parlamentos, han tenido que gobernarse a sí mismos.

En todas partes el sufragio universal se ha convertido de la noche a la mañana en el amo absoluto del Estado. Pero como ocurre con demasiada frecuencia, no sabe gobernar todavía, imponiéndose a las facciones y a los partidos, sino que éstos tratan de imponerse al sufragio universal por medio de la fuerza.

Las guerras civiles y las revoluciones que perturban a Europa, no son otra cosa.

Europa se encuentra hoy en una situación que recuerda desde muchos puntos de vista aquella en que se encontraron casi todos los Estados de la América Central y Meridional cuando cayó la dominación europea.

Transformados en repúblicas y obligados a gobernarse por sí mismos, entraron en un período de perturbaciones y de revoluciones que si bien con una duración diferente en los diversos países, agotaron las fuerzas de muchas generaciones.

La libertad ha costado a América largos y penosos esfuerzos y lo mismo habrá de ocurrir con la libertad que Europa ha adquirido a fines de la guerra mundial, mediante la caída de tantas dinastías. Tampoco recibirá esa libertad como un regalo gratuito del Destino.

Así no es dudoso que a partir de 1914 Europa ha entrado en un período de perturbaciones y de agitaciones, destinadas a durar largo tiempo, y a cambiar por varias generaciones su papel en el mundo.

Lo que va a hacer cambiar también como consecuencia el papel y los deberes de América.

La más grande fuerza de la que se llama la civilización occidental consiste en encontrarse dividida en dos continentes, bastante aproximados para poder vivir con una misma existencia, pero al mismo tiempo suficientemente alejados para no verse expuestos juntos a los mismos golpes de la suerte.

La ventaja de esta situación ha podido ser apreciada durante el siglo XIX. ¿Por qué la América ha logrado salir tan rápidamente y con tan brillantes resultados de la gran crisis política y social provocada por la caída de la dominación europea? Porque mientras que se debatía en las convulsiones de esa crisis, Europa le prestaba esa ayuda, directa e indirectamente, para que encontrara el camino del porvenir, por medio del ejemplo de su orden sólido y activo, por medio de todos los recursos materiales y morales de una civilización segura de sí misma, con la conciencia de sus fines y de sus medios, gozando de todos los beneficios de la paz, y que realizaba ya lo que América buscaba en medio de la mayor confusión.

¿Ha llegado el momento en que América podrá devolver a Europa los servicios que ésta le prestó en el curso del siglo XIX? Tal parece...

Una América sólida, tranquila, pacífica, desarrollándose sin revoluciones y sin sacudidas violentas, sabiendo establecer relaciones de armonía y de concordia entre los diferentes Estados de su vasto Continente, animada como está por un sentimiento de orden y de derecho internacional basado sobre la lealtad y el espíritu de colaboración, podría muy bien ayudar a la solución de la gran crisis europea, por medio de su ejemplo, no menos y quizás más que por medio de sus riquezas.

Mientras más agitada y perturbada está Europa, tanto más se hace necesario, para la salvación suprema de la civilización occidental, que América sea un modelo de orden y de tranquilidad.

Mientras más el espíritu guerrero agita a Europa, más preciso resulta

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢	0.50
El tomo (24 entregas)		12.00
El tomo (para el exterior)	$	3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)		20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

que el espíritu de la paz y del derecho encuentre un asilo más allá del Atlántico. Mientras más Europa derrocha sus capitales, más necesario resulta que América los acumule con incansable sagacidad.

Mientras más las guerras y las revoluciones hagan declinar en Europa la alta cultura, tanto más preciso es que América trabaje por su progreso y por su esplendor.

Ninguna crisis de nuestra civilización, por violenta que sea, habrá de ser mortal, con tal de que se encuentre limitada a uno solo de los dos continentes. Pero en cambio, la crisis podría ser mortal el día en que los dos continentes se encontraran simultáaneamente enfermos y en la imposibilidad de ayudarse.

«¡Si la América fuera más adulta!» me escribía hace algunos meses un ilustre diplomático de uno de los grandes Estados de la América del Sur...

Es evidente que la gran catástrofe europea ha sorprendido a América desprevenida. América tampoco estaba preparada para desempeñar el papel que casi le han impuesto los acontecimientos de un día para otro.

Pero vivimos en un tiempo en que los días hacen madurar los espíritus y las voluntades, como sólo conseguían en otra época los años.

América, o por lo menos sus Estados más importantes, del Norte y del Sur, no dejarán de cumplir el gran deber que la historia les ha reservado para este momento crítico y terrible en que Europa y su vieja civilización se encuentran expuestas a tantos peligros.

GUILLERMO FERRERO.

Florencia, octubre de 1923.

(*Excelsior*, México, D. F.)

REFLEXIONES Y LECTURAS

Los primeros son los últimos

HACE años, varios industriales, en distintos países, se decidieron a construir un nuevo tipo de hornos para la producción del acero. Las fábricas prosperaron, gracias a esa invención, y las ganancias afluyeron copiosamente a las cajas de las felices Empresas. El dinero se distribuyó como es uso. El capital se embolsó su parte; defendieron los obreros la suya; sacaron su congrua porción los técnicos; se aumentarían los fondos de reserva; percibió sus impuestos el Fisco, y aún sobraron quizás algunas cantidades para obras benéficas. No faltaba nada en el reparto. A cada cual, lo suyo. Intereses, jornales, sueldos, ahorros, contribuciones, limosnas... A nadie se había olvidado.

Mas parece que los industriales—un fabricante inglés, uno alemán—cayeron, al fin, en la cuenta de que habían olvidado a alguien. Si ellos estaban enriqueciéndose con los nuevos hornos, debíanlo, en primer término, a quien descubrió el principio científico que había permitido construirlos, y del cual no eran más que una simple aplicación práctica todas aquellas afortunadas explotaciones fabriles.

Había que buscar al inventor. Como el inventor resultaba ser un sabio francés, M. Martin, los industriales enviaron generosamente un cheque para él al *Comité des Forges*, de París. Pero el Comité no dió con el pobre M. Martin. El investigador científico, primer creador de aquella riqueza industrial, había ya muerto. Súpose entonces que vivió en la miseria, ignorado, en el fondo de una aldea remota. Su labor no tuvo un precio. Tuvo un valor, sin embargo, un valor de millones.

He ahí un caso interesante, porque tiene una general trascendencia. Lo ha referido en la Sociedad de las Naciones M. Jacques Bardoux, ponente en la Sección de Cooperación intelectual: A la hora de repartir lo producido, entre el choque de las fuerzas económicas, el mundo se olvida de que, allá lejos, en el silencio de un laboratorio desdeñado, hay un trabajador del pensamiento que, mientras todos reclaman su parte, no vendrá a presentar la cuenta.

M. Bardoux, inspirándose en las proposiciones de M. Barthélemy y del senador Ruffini, ha llevado a la última Asamblea de las Naciones el esbozo de un proyecto para remediar esta injusticia. Bien está que circulen libremente por el mundo todas las invenciones útiles. Pero se trata de que una legislación internacional, análoga a la de la propiedad literaria y de las patentes de invención industrial, ampare los descubrimientos científicos, garantizando a su autor una parte de lo que luego indirectamente produzcan.

Ese noble propósito es de difícil ejecución. Lo reconocía el propio ponente, distinguido representante de Francia. «Sin embargo,—agregaba—, nosotros no estamos aquí para realizar cosas fáciles, sino cosas justas».

La dificultad aumenta a medida que nos vamos elevando a las cumbres más altas, más libres, más puras, de la Ciencia y del Arte. Podemos llegar con nuestro cheque hasta M. Martin, el creador de un invento concreto y utilizable. Pero M. Martin, a su vez, no habría podido realizar este invento si antes otros hombres geniales, en la rebusca desinteresada de la verdad, no hubieran hallado principios matemáticos y leyes físicas, de carácter general y teórico, sin ninguna relación inmediata con la vida humana. Más aún. Esos mismos genios no habrían surgido, de no existir previamente una atmósfera espiritual propicia, un ambiente elevado en el que colaboraron los filósofos, los artistas, los educadores morales. Cada cultura es un todo. Como Spengler ha mostrado, el alma clásica se expresa lo mismo en la escultura de Fidias que en la matemática de Arquímedes, así como el alma moderna se manifiesta igualmente en el cálculo diferencial que en la pintura de paisaje. ¿Hasta dónde habrían de ir, pues, con sus cheques los industriales del acero?

Bueno será, no obstante, que, por lo menos, los cheques lleguen a tiempo a los M. Martin de mañana. La sociedad es harto ingrata con los que alumbran primero las fuentes de su riqueza y de su bienestar. M. Martin, en la penuria de la aldea, pudo recordar que a Jacquart, el inventor de la máquina de tejer, estuvieron a punto de tirarlo al Ródano, y que a Fulton le destrozaron rabiosamente el primer modelo de buque de vapor.

Colón no partió con sus naves hasta que los monarcas le prometieron hacerle visorrey y gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que descubriese en la mar océana. Mas los descubridores de los nuevos mundos del pensamiento y de la belleza hacen donación generosa de cuanto hallan, pues en los libres continentes ideales no cabe cobrar rentas de gobiernos ni establecer perpetuos virreinatos. Lo que ellos con indecible esfuerso encuentran no es para ellos. *Sic vos non vobis*... Como las abejas virgilianas, fabrican para otros, para todos, la miel divina de los panales del espíritu.

Pero la sociedad debe velar pródigamente para que no se interrumpa la obra del pensamiento superior y de la alta investigación, que nadie en particular solicita ni retribuye, y a todos en general aprovecha y dignifica. Esa función de los antiguos Mecenas corresponde al moderno Estado. Bueno será que la sociedad no lo olvide, en esta época de centenarios, monumentos y glorificaciones a los genios pretéritos.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

La tarde de la fiesta

(Recordando a la señorita VIRGINIA ZELLER).

Esa tarde, vestida de blanco, parecía
la princesita rubia que pintan en los cuentos.
Tal era su sonrisa, su porte; la armonía
graciosa de sus líneas y de sus movimientos.

En sus ojos divinos radiaba la alegría
con destellos tan puros como sus pensamientos,
y en sus frescas mejillas la aurora sonreía
al arrullo armonioso de argentinos acentos.

La tarde dio sus oros en haces fulgurantes
para hacer más luciente la gloria de la fiesta
en donde se oyó el verso, trémulo de emoción.

Y mientras mis amigos, de gozo delirantes,
allí se divertían, los ecos de la orquesta
dejaban su ternura para mi corazón.

EFRAÍN SÁENZ C.

Costa Rica, Dic., 1923.

Encerrado en mi frágil pecho...

Encerrado en mi frágil pecho
mi corazón palpita cansado...
Yo estoy sumergida en mi lecho
para evocar mejor el pasado.

No te he visto ni te he sentido
pero llenas todo mi ambiente:
percibe tu acento mi oído,
mi corazón andar te siente.

No sé qué suelo estás pisando
ni cuál aire estás respirando,
ni qué amor te tiene obsedido,

pero mi pasión imbécil y terca,
te siente cerca, cerca, cerca,
pese al espacio y al olvido...

MARÍA MONVEL.

Santiago de Chile. 1923.

EL BUEN EJEMPLO QUE SEGUIR

La medalla del civismo

Publicamos hoy el Acuerdo Municipal por el cual se creó la medalla del civismo y el Acta en que el Jurado hizo la adjudicación para este año.

Quiso el Concejo, al crear esta medalla, recompensar y estimular el espíritu público en Bogotá, dar cada año un solemne testimonio de agredecimiento a aquellas personas que más eficaz y noblemente sirven a la ciudad, y trabajan por su embellecimiento y su progreso. El adelanto del Municipio depende directamente del celo de sus ciudadanos, de la manera cómo éstos se interesen por el bien general y coadyuven o corrijan—, con permanente decisión—, las labores de la autoridad. La indiferencia de los bogotanos por los asuntos municipales sería causa inmediata del atraso y decadencia en la ciudad, así como producirá todo lo contrario su vigilante celo y su colaboración entusiasta.

El Jurado encargado de adjudicar este año la medalla ha procedido con acierto completo. Los tres candidatos escogidos simbolizan tres categorías del buen ciudadano, dignas todas de especial encomio: el señor Sáiz es el amante de la ciudad, que de modo gratuito y sin otro estímulo que el de su puro afecto a Bogotá, trabaja año tras año en su embellecimiento y va presentando obras que son la plena prueba de su eficacia. A nadie deben tánto como al señor Sáiz Osorio los parques y jardines de la capital, por él mejorados y dirigidos con más esmero que si de cosa propia se tratara. En el doctor Agustín Nieto Caballero se encarna el más generoso fervor por la protección de la infancia, y los trabajos que ha realizado para lograr la cooperación de las entidades que en ello se ocupan, su apostolado en favor de las cajas escolares y de la instrucción pública, lo hacen acreedor a la gratitud pública. El doctor Cardoso, por último, es el funcionario que apartándose de la rutina burocrática, ha logrado dar a las obras públicas municipales impulso decidido y organización eficiente, realizando grandes mejoras, alejando todo criterio que no sea el del bien general, dando un ejemplo altísimo de cómo se corresponde a la confianza del Municipio en puesto tan importante. El doctor Cardoso ha trabajado como el que más por el progreso de Bogotá, y tiene pleno derecho a que ésta le dé una muestra de su reconocimiento y de su aplauso.

Pero entre los tres, hizo el Jurado muy bien en escoger al señor Sáiz, que desde hace tantos años viene consagrado a procurar el bien de la ciudad, y que por él trabaja diriamente, con fervor creciente y con el más bello desinterés, extendiendo su actividad a cuanto sea de provecho para el Municipio, y listo siempre a servir, sin otra aspiración ni otra recompensa que la de que sus servicios sean útiles. El acta del Jurado Calificador expone con sobria elocuencia los méritos que hacen acreedor al señor Sáiz a la primera medalla, y no habrá buen bogotano que no halle justo el fallo y no lo aplauda. Queda puesta muy alta esa insignia en el pecho generoso y noble del señor Sáiz y para el futuro, quienes a ella aspiren, tienen un admirable modelo que imitar.

En la ciudad de Bogotá, el día ocho de octubre de mil novecientos veintitrés, se reunieron en el Salón de la Alcaldía Municipal, a las 5 pm., los señores Ernesto S. de Santamaría, Alcalde de Bogotá, quien presidió el acto; Federico Lleras Acosta, Presidente del Concejo; Diego Madero Leiva, Vicepresidente del Concejo; Raimundo Rivas, Presidente de la Sociedad de Embellecimiento, y José Joaquín Pérez, Vicepresidente de la misma Sociedad, con el fin de designar al ciudadano a quien deba otorgarse en el presente año, de conformidad con lo dispuesto en el Acuerdo número 69 de 1923, la medalla del civismo. Actuó como Secretario *ad hoc* el señor León Isaac Talero, Oficial Mayor de la Alcaldía.

Leído el Acuerdo en referencia, se convino en que cada uno de los concurrentes presentara dos candidatos, enumerando los méritos que a su juicio tuviera cada uno de ellos para alcanzar esa distinción, y hecha la

votación, quedaron designados como candidatos los señores José María Sáiz Osorio, Presidente de la Comisión de Parques y Jardines de la Sociedad de Embellecimiento; Joaquín Emilio Cardoso, quien en su carácter de Director de Obras Públicas del Municipio, ha iniciado y adelantado obras de importancia para la ciudad, distinguiéndose por el espíritu con que ha trabajado, ajeno a todo interés que no sea el éxito de estas mismas obras; y Agustín Nieto Caballero por sus generosas labores en pro de la Protección de la Infancia, materia acerca de la cual rindió a la Alcaldía un luminoso informe.

Contraída la designación a los tres caballeros mencionados, los suscritos se hallaron acordes en que el señor don José María Sáiz era acreedor al premio creado por el Concejo, por múltiples razones, entre las cuales se dejó constancia en la presente acta de las siguientes:

El señor Sáiz, quien profesa a su ciudad natal un cariño que le viene por atavismo, como herencia de sus abuelos, ilustres próceres de la Independencia y ciudadanos beneméritos de la Nueva Granada, ha prestado a Bogotá, desde su juventud, constantes y valiosos servicios. En la época en que se realizaron los trabajos para formar el Parque de la Independencia y levantar en ese sitio los pabellones donde debía celebrarse la Exposición Nacional de 1910, el señor Sáiz dirigió *ad honorem* muchos de esos trabajos, y a consecuencia de algunos de ellos sufrió una caída de a caballo que le destrozó una pierna, dejándolo inválido. Ese incidente, que en otro ciudadano dotado de menor espíritu público hubiera sido bastante para alejarlo de esta clase de faenas, en dicho señor parece haber aquilatado su decisión por el bien público, pues continuó sirviendo al Municipio con todas sus notables aptitudes. Fundada la Sociedad de Embellecimiento, en 1917, el señor Sáiz ha desempeñado desde entonces, a satisfacción general el cargo de Presidente de la Comisión de Parques y Jardines, siendo factor decisivo en todas las obras llevadas a cabo por esa corporación, y distinguiéndose entre todos sus consocios sí por la prontitud y eficacia en el cumplimiento de cualesquiera comisiones, sí por su admirable consagración a las funciones que le están encomendadas, sí por el ejemplo constante que da a todos cuantos se hallan en su contacto, de sano optimismo, de verdadero espíritu de ciudadanía, ajeno a todo interés personalista o de partido, y de diaria atención a los problemas municipales. Todo ello realzado por una modestia rayana en humildad que lo mantiene alejado de todo alarde aparatoso, y por un desinterés a toda prueba, el cual, en no pocas ocasiones le ha hecho descuidar sus propios asuntos para continuar ocupándose en los de la ciudad.

En el presente año, el señor José María Sáiz ha llevado a cabo, en cumplimiento de los deberes del cargo que *ad honorem* ejerce, el Parque de la República Argentina; el Parque Ricaurte; ha iniciado y establecido el Vivero Municipal destinado a tomar en un futuro no lejano un desarrollo trascendental, en el sentido de suministrar a Bogotá y a otras ciudades cuantas plantas y árboles puedan necesitarse para el ornato de los lugares públicos, vivero para el cual ha formado, pidiendo ejemplares al exterior y a otras partes de la República, una valiosa colección de semillas y de catálogos; ha mantenido la histórica Quinta de Bolívar en adecuadas condiciones, procurando restablecerle su prístino carácter, y, en fin, ha estado siempre listo, a tarde y a mañana, en todo tiempo, a prestar al Municipio con el más perfecto desinterés, el apoyo de su brazo y la colaboración de su despejada inteligencia. Todo ello, a lo que se añaden sus servicios a la industria nacional, como fundador de una fábrica de loza; su espíritu de iniciativa, que en estos momentos le ha convertido en constructor de un gran Teatro que será motivo de ornato y de recreo para un populoso barrio, y sus relevantes condiciones de caballerosidad y de jefe de hogar modelo, es motivo para que el Jurado, en nombre del Concejo de Bogotá, considere digno al señor don José María Sáiz Osorio de llevar al pecho, por primera vez en la capital de la República, la medalla del civismo.

Cumplido el objeto de la reunión, el señor Presidente la dió por terminada, firmándose al efecto el acta respectiva por todos los que en ella intervinieron.

Ernesto S. de Santamaría, F. Lleras Acosta, Diego Madero Leiva, Raimundo Rivas, José Joaquín Pérez.

El Secretario, *León Isaac Talero.*

Acuerdo Nº 69 de 1923 por el cual se crea la medalla de civismo

El Concejo Municipal de Bogotá, en uso de sus facultades legales,

ACUERDA:

Artículo 1º—Créase, como recompensa para los servidores de la ciudad de Bogotá, la medalla del civismo, que deberá ser adjudicada cada año, a la persona que en los doce meses anteriores se haya distinguido más por su espíritu público en bien del Municipio y por los servicios que a su desarrollo y progreso haya prestado.

Artículo 2º — Esta medalla será adjudicada por un Jurado compuesto de los Dignatarios del Concejo Municipal y de los Dignatarios de la Sociedad de Embellecimiento, y presidido por el Alcalde de la ciudad. El fallo de este jurado deberá expresar concretamente los servicios que se recompensan.

Artículo 3º—La medalla del civismo será entregada solemnemente en una sesión especial del Concejo, el día 6 de agosto de cada año, sesión a la cual se invitará a la Sociedad de Embellecimiento. En esa misma sesión se entregará la medalla anual creada por esta Sociedad para premiar el Inspector municipal que mejor y más eficazmente haya cumplido con sus deberes. En este año de 1923 la medalla del civismo será adjudicada en la última sesión que tenga el Concejo en el mes de octubre.

Dado en Bogotá, a dos de octubre de mil novecientos veintitrés.

El Presidente,

Federico Lleras Acosta.

El Secretario,

A. Salgar de la Cuadra.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Ideales de un colegio

[Discurso del Ex-Presidente WILSON, pronunciado en el SWATHMORE COLLEGE]

NADIE podría, en presencia de un grupo como éste, en un día de evocación que sugiere lo que este día sugiere, prescindir de preguntarse para qué es un colegio. A veces he tenido la sospecha de que ciertos estudiantes del Colegio ignoran para qué es. Recuerdo que en días de desaliento, siendo maestro, invoqué con gratitud la simpatía de un amigo mío de la Facultad de Yale, quien suele decir que después de 20 años de enseñar ha llegado a la conclusión de que la mente humana dispone de recursos infinitos para adquirir conocimientos Sin embargo, tengo dudas muy serias con respecto a que el objeto de un colegio sea impartir conocimientos. Puede ser el de trasmitir la verdad por medio de algún sistema, pero de todo eso, poco queda. La iniciación en los conocimientos es transitoria y apenas para la disciplina de la hora. Con frecuencia lo que se aprende en el colegio se

olvida. No porque el estudiante quiera olvidar, sino porque los acontecimientos que se acumulan en los días siguientes parecen eliminar algo de lo que se ha aprendido. Lo que jamás debe olvidar un hombre, con respecto a un colegio, es que tal institución es un semillero de principios y de honores. No puedo prescindir de recordar a William Pen como el símbolo de un caballero andante que se lanzó a la aventura llevando en las manos la antorcha que debía iluminar el sendero de la justicia y de la libertad para que otros lo recorrieran.

No puedo admitir que un hombre establezca el derecho a llamarse alumno graduado de un colegio porque ostente su diploma. La única manera de probarlo es demostrando que sus ojos abarcan un vasto horizonte que hombres menos privilegiados que él no han podido contemplar. ¡El que no haya satisfecho la deuda del espíritu, no ha sido engendrado donde se engendran los espíritus!

El espíritu de Pen no puede detenerse. Nadie puede ponerles límites a esos nobles aventureros. Cuando sus vidas han pasado, sus espíritus surgen en el mundo llevando la inspiración a todas partes y les recuerdan a los hombres el linaje, el nobilísimo linaje de aquellos que buscaron la justicia y el derecho. Por eso es importantísimo para un colegio tener por *leader* a un hombre que llevó a cabo tal conquista.

Lo que me gustaría preguntaros en este día sería ¿cuántos de vosotros os habéis consagrado a una aventura semejante? ¿Cuántos de vosotros llevaréis al mundo, voluntariamente, el mensaje de la libertad? ¿Cuántos renunciarán a todo, menos a la alianza con el derecho y la justicia? Sólo una vez se muere, y se muere sin distinción si no se escoge la muerte del sacrificio.

¿Anheláis honores? No los conseguiréis sirviendoos a vosotros mismos. ¿Anheláis distinción? Sólo la conseguiréis sirviéndole a la humanidad. No olvidéis entonces, al dejar estos clásicos lugares, para qué estuvisteis aquí. No estuvisteis aquí únicamente para aprender a ganaros la vida. Estuvisteis aquí para capacitar al mundo para que viva con mayor amplitud, para que agrande su visión y tenga un espíritu más optimista. Vinisteis aquí para enriquecer al mundo y os empobreceréis si olvidáis vuestra misión. Me parece que no hay grandes diferencias entre los ideales del Estado y los de un colegio. ¿No pueden traducirse los del uno en los del otro?

Los hombres no han tenido que venir a los colegios, permitidme que os lo recuerde, para beber en las fuentes de la inspiración. Vosotros simplemente tenéis más privilegios que otros. Hombres de todos los campos de la actividad humana han tenido visión y vosotros que la lleváis en cada una de las páginas de vuestros libros, sois los más ciegos de todos si no veis lo que se os ha señalado.

Otros pudieron haber adquirido esa visión, pero no esperaron instrucciones. Simplemente llevaron el hálito de vida a sus pulmones, sintieron la aspiración que debe sentir toda alma humana alguna vez, miraron a sus hermanos, sintieron las palabras que ritmaban con las suyas, y buscaron por medio del consejo y de la acción, el movimiento hacia un fin común que había de coronarse con el honor.

¡Esta es la única gloria de América! ¡Que cada nueva generación de hombres y mujeres de este Colegio acreciente la fuerza de aquel linaje y la gloria de aquella corona de vida!

(*Traducción de la Señorita* Corina Rodríguez).

Un homenaje a don Ricardo Codorníu

[La revista *España Forestal* dedica su último número a honrar la memoria de don Ricardo Codorníu Stárico, ingeniero de Montes, que dedicó la energía de toda su vida a la propaganda en favor del árbol; fecunda labor, a la que se deben los más eficaces resultados. Una sentida «oración» del maestro Azorín encabeza este bello número de *España Forestal*. Léase.]

ORACIÓN

Que las más bellas flores del España, las más bellas flores silvestres, cubran su tumba.

Que cuando los niños y los mozos vayan a la montaña, un recuerdo fervoroso para él brote en sus corazones. Que cuando en las horas ardientes del verano reposemos cobijados en fresca sombra, pensemos que esta sombra se la debemos a él. Que cuando en el otoño vayan cayendo doradas las hojas y nuestras plantas pisen mullida y dulce alfombra, consideremos que este grato caminar no lo tendríamos sin él. Que cuando nos detengamos frente a un bello árbol, de tronco recio y recto, de ancha y sombrosa copa, veamos en tan hermoso ejemplar una remembranza de él, y digamos entre nosotros: «Su vida fué recta como el tronco de este árbol y la sombra de su bondad amparó la desgracia y el infortunio». Que cuando en las empinadas breñas veamos esos indómitos árboles montaraces que meten sus raíces entre las piedras y se levantan airosos sobre el abismo, tengamos presente la voluntad tenaz, perseverante, maravillosa, del hombre que logró cubrir de follaje verde la desnuda sobrehaz de la montaña. Que cuando en los días limpios contemplemos allá en lo alto, entre los claros del ramaje, el inmenso cielo azul, abriguemos la certidumbre firme de que su espíritu estará allá arriba, en la serena región de lo Inmortal.

Amigos: Que las más bellas flores del España cubran su tumba; las más bellas flores silvestres.

Azorín

(*El Sol*, Madrid).



El caso de México

A pesar de su desarrollo material y de sus progresos en todo orden, la América Latina no sugiere hoy reflexiones optimistas. De las veinte repúblicas independientes que la forman, seis son en realidad—según lo acaba de declarar tranquilamente el profesor Bushnell Hart—protectorados yanquis, y la mitad de las restantes atraviesan crisis gravísimas, de caracteres lamentables.

Florecen hoy las dictaduras en forma múltiple; dictadura feroz y abominable en Venezuela: severa e intransigente en Bolivia y en Guatemala; hábil y tenaz, aunque no cruel, en el Perú. En ninguno de esos países existen ni la libertad política ni el orden constitucional, y lejos de sus fronteras innumerables nacionales de esos países conspiran y protestan, sin que pueda decirse que exista en ninguno de ellos una paz estable y justificada.

El Paraguay acaba de salir de una larga y sangrienta revolución, y en varios países de Centro América apenas se calma el ardor bélico de los últimos debates electorales.

En el norte, la revolución que acaba de estallar en México es un suceso infausto que vuelve a exponer a los peores peligros la suerte de ese pueblo maravilloso de tan formidable vitalidad. Logró él sobreponerse a los estragos de diez años de guerra civil, y pasó sus tres primeros años de paz en circunstancias anómalas, con un gobierno no reconocido por varias de las grandes potencias y hostilizado por los Estados Unidos. Ahora acababa de solucionar esa grave dificultad y entraba a pie firme en su vía normal, con gloria y prestigio espléndidos, cuando una nueva guerra amenaza perturbarlo todo y abre de nuevo la serie de calamidades para México.

—¡Algame!... ¡Ya se me están saliendo del guacal!...

(*Excelsior*. México. D. F.)

Por García Cabral.

La enfermedad de nuestro continente es la política personalista, el politiqueo con nombre propio, que busca medios de imponerse, que se coloca por encima de los intereses nacionales y lleva al gobierno de los pueblos los peores sentimientos de pasión personal. Carranza, que fué un grande hombre, de grandeza efectiva, no logró librarse de esa pasión, y su empeño en imponer el nombre de quien había de sucederle le llevó a un oscuro sacrificio. Obregón, a despecho de sus generosas declaraciones, parece haber incurrido en el mismo error, y hoy la suerte de ese pueblo, que debería ser resuelta por la voluntad ciudadana, está en manos de los militares políticos, que son otra estupenda calamidad de la raza. No habrá un solo hispano-americano que no deplore con todo el corazón esta nueva desventura caída sobre la noble tierra de Juárez, cuya grandeza es orgullo para todos, y que no logra curarse del mal tremendo de las revoluciones.

En el fondo de estos grandes males está el problema electoral, el sistema de constituir los poderes públicos, que nuestra raza no ha podido resolver todavía. Con una o dos excepciones, a lo largo de todo el continente latino las elecciones son una gran farsa, con apariencias de legalidad y que da origen a todos los atropellos, farsa que todos los patriotas capaces de ver a lo lejos deberían esforzarse en corregir.

Como el sistema de consultar a la opinión pública y acatar su fallo—ese sistema que practica Inglaterra en forma tan pura y admirable—no existe entre nosotros sino de nombre, viene el politiqueo, el caudillaje, la apelación a las armas, la imposición de las tropas, la falsificación en grande escala del sufragio: todo lo que quita grandeza y seriedad a nuestras democracias y las hace inestables e infecundas. Y de ahí que así como Turquía fué por tantos años «el hombre enfermo de Oriente», nuestras veinte repúblicas sean el continente convulso, en el cual apenas van delineándose rincones de seriedad política y de prático republicanismo.

¿Somos uno de esos rincones? En parte sí, por la libertad política de que gozamos, por el hecho de que no haya un solo colombiano en el destierro, ni uno sólo en la cárcel por meros delitos políticos, ni esté la prensa sujeta al gobierno, ni exista traba alguna para la propaganda de los partidos, ni oscurezca nuestro cielo la sombra de un gobierno dictatorial; por el hecho de que la paz pública, decretada hace veintiún años, sea ya una conquista indestructible. Pero en cambio, nuestras prácticas electorales son quizá de lo peor que existe en el mundo, y el sufragio es para el pueblo de Colombia un engaño perfecto. Vivimos bajo el régimen del voto falso, a merced de tres docenas de caciques de todos colores, que falsifican a su amaño lo que llamamos pomposamente el veredicto de las urnas.

Y eso constituye para Colombia un peligro enorme, y falsea por su base todo el edificio de nuestra nacionalidad. Ese sufragio de mentirijillas ha ido quitando toda respetabilidad a nuestros cuerpos colegiados, ha puesto en cuanto tiene su origen en las urnas un sello de ilegitimidad, ha acabado con el espíritu público, y si no ha acabado también con la paz es debido a la cordura de nuestro pueblo, que en-



EMPRESARIO.—Arreglados. ¿Con qué obra quiere usted debutar?
ACTRIZ.—Con la *Revoltosa*.

(*Excelsior*. México, D. F.)

Por García Cabral.

tre dos males no escoge el peor y que instintivamente huye de las guerras civiles, de estas guerras tropicales que sólo desgracias causan y que legan problemas mil veces más graves que los que con ellas se quisieron corregir.

El espectáculo de nuestra América invita a la meditación y al esfuerzo. Ojalá los males del vecino nos recuerden los que pueden sobrevenir; ojalá la salud aparente de que hoy gozamos no nos haga despreciar el microbio que llevamos en la sangre, y que acabará por envenenarla, si no lo combatimos todos—ya que de él seríamos víctimas todos—con entereza y con buena fe.

(El Tiempo, Bogotá).

La nueva revolución en México

Alrededor del nombre de México se ha discutido mucho. El pesimismo ambiente que examina los procesos de evolución de cualquiera entidad al través del tamiz puramente informativo, no llega a culminar nunca en un verdadero conocimiento de los problemas; y esto explica el fenómeno de juicios encontrados y divergentes que la política mexicana suscita hoy, de la misma manera que la política europea desorienta por completo cuando se la examina en las páginas de la prensa de bandería ideológica. Tal es el caso de Mussolini, el de las Reparaciones francesas, el de la Rusia Soviet, etc., etc.

Cuanto a México, cabe preguntarse ante todo: «¿Continúa la Revolución Mexicana?» No; sino que asoma la contrarrevolución, inicia su acción el reaccionarismo. ¿Por qué?

Los ideales de la Revolución Mexicana han venido cumpliéndose fielmente en un vasto agregado de aspectos que no nos es posible examinar tan someramente. Los más importantes de esos aspectos son: el repartimiento de tierras, aplicación estricta de los principios políticos promulgados por la nueva Constitución, y la solvencia de las cuestiones internacionales, punto éste en que ha quedado establecido un cánon de acción y que han aceptado los Estados Unidos de Norte América.

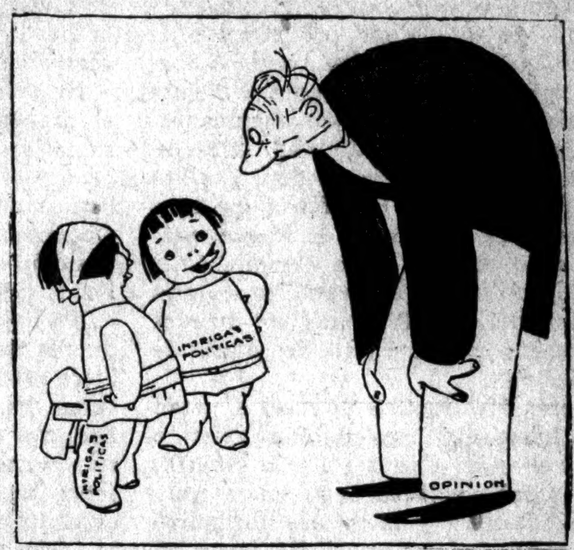
Tres figuras de importancia han representado hasta hace poco los principios revolucionarios: Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo De la Huerta. En este triunvirato descansaba hasta ayer no más la confianza del pueblo, que vió en su Presidente al enérgico ciudadano que mantenía con su celo la subsistencia de la confianza pública, en Calles al hombre que haría continuar el espíritu de la Reforma y en De la Huerta al ciudadano capaz de realizar la obra de reconstrucción económica.

La presente lucha eleccionaria se inició va a hacer dos meses. El pueblo en masa, requisitado por la experiencia, lanzó el nombre de Calles promulgándolo para Presidente; el pequeño terrateniente, el indio, el poseedor de la pequeña industria, el político honrado, todo el pueblo en fin, reconoció en Calles al hombre capaz de mantener el fuero revolucionario en vilo, y se apresuró a manifestar su adhesión a este maestro de escuela a quien un azar de guerra tornó general; al hombre humilde y pensador en cuyas manos el inteligente pueblo de México sería como una arcilla inmejorable que recibiera el plasma de una verdadera filosofía política, colocándose a la altura de la general evolución continental.

Nada, ni el más ligero asomo de sospecha pudo prosperar en el terreno político preparado con tanta nobleza por los hombres de la Revolución; dígalo si no la reconstrucción y aplicación de las leyes de los tres grandes enunciados de la Reforma; expréselo mejor que nosotros el Estado de Yucatán, cuya forma de socialización podría servir de norma a las meras «evoluciones intelectuales» de Europa, del mundo entero, y que ponen el gajo de laurel en las sienes de Felipe Carrillo Puerto; señálenlo las reparticiones de ejidos que mejoran la condición del paria subviniendo a su mejoramiento moral, y la socialización obrera que constituye el poder controlador de las exigencias del capitalismo regresivo, y en fin, tantos otros aspectos que sería largo enumerar, y véase si el grupo revolucionario no cumplía fielmente con los prospectos que dieron aliento a los primeros alzados mexicanos.

Pero, desgraciadamente, así como en Europa el movimiento del igualitarismo y de las izquierdas produjo la reacción de la burguesía de Mussolini, secundada por Primo de Rivera en España, así en México el sedimento de latente reaccionarismo agrario y religioso ha determinado la reaparición del grupo conservador, valido de la influencia que pudo despertar en las clases de las ciudades el nombre de De la Huerta, quien al aceptar su candidatura, se coloca, sin quererlo, en el polo opuesto de la justa revolucionaria.

La promoción de su candidatura no es por supuesto, considerada en sí, nada que vaya contra la vida constitucional ni contra la Revolución. Aun hay más: el Gobierno vió con buenos ojos esa candidatura y abrió paso franco a todas las manifestaciones de



—¡Caracoles!... ¿hijos de quién serán estos niños tan *pesados* y desarrollados?...

(Excelsior. México, D. F.)

Por García Cabral.



La Gorda: ¡Ya basta de tanto ruido, que despiertas al señor y no conviene que se levante!...

(Excelsior. México, D. F.)

Por García Cabral.

carácter político, por estimar que la lucha dirimiría de esta vez la prevalencia de una u otra tendencia; y en este sentido el Gobierno del General Obregón ha llenado todas las exigencias democráticas del país.

Pero, la exaltación del señor De la Huerta en la campaña política produjo un incidente que habría de revelar serios compromisos de orden moral. Al ocupar el Secretario de Relaciones señor Pani la cartera que interinamente queda recargada en su oficio por renuncia del señor De la Huerta, encontróse con que los negocios del Estado no marchaban conforme lo exponían las memorias del ramo, y al dar cuenta de su actuación al señor Obregón, expuso con numeros la existencia de un déficit proveniente de partidas no sancionadas por el Ejecutivo que ascienden a la suma de treinta y seis millones de pesos mexicanos. Halláronse nóminas de empleados supernumerarios que ascendían a millones de pesos y en la defensa que hizo el señor De la Huerta de lo que conceptuaba ataques a su persona en el medio político, no satisfizo, según criterio del Estado, todas las razones expuestas por el nuevo Secretario de Hacienda.

Rotos los vínculos de sana amistad que hasta entonces habían existido entre el señor Calles y De la Huerta, la campaña política entró en la zona de acedumbre y la prensa formalizó sus campañas contra el Gobierno en parte, contra Calles en otra, pero prevaleciendo el intento de favorecer las miras políticas del antiguo Secretario de Hacienda, a cuyo rededor se plegaba la clase conservadora que tiene a su favor los grandes órganos de publicidad mexicanos; si bien es muy difícil señalar la orientación de algunos diarios, excepto la del rotativo *Excelsior* que se ha definido siempre como elemento reaccionario.

Calles, de un lado, con el pueblo y su filosofía revolucionaria, y De la Huerta, por otro, con sus elementos urbanos de preparación «científica», se hallaban a la sazón delimitando las dos tendencias que iban a definir en breve la marcha del país por uno u otro sendero, cuando, sin causa que justificase una actitud francamente agresiva, los generales Enrique Estrada y Guadalupe Sánchez levantaron las guarniciones de Veracruz y dejaron en Guadalajara, a su paso, encendida la mecha de la rebelión. ¿Qué se perseguía con esto?

En primer lugar, viciar de nulidad el procedimiento eleccionario o postergarlo si la revolución conservadora progresa, y en segundo, producir la ilusión de que el Gobierno del General Obregón presionaba desde su elevada posición en favor de la política del señor Calles.

No hay para qué hablar del curso que ha tomado el movimiento: el Gobierno ha levantado un ejército que suma hasta ahora diez y siete mil hombres y cercan a los alzados en varios puntos de los Estados citados. El señor De la Huerta se encuentra hoy en el Estado de Veracruz con su gente, y desde su retiro ha enviado una circular telegráfica a los funcionarios diplomáticos acreditados en todo el mundo, en la cual manifiesta que ha asumido el poder de la República. Es innecesario añadir que los agentes diplomáticos y consulares han rehusado acatar otras disposiciones que las originadas por el Gobierno legal.

El patriotismo mexicano sabe que tiene que afrontar problemas mucho más graves que los interiores—, si por problema interior se entiende lucha eleccionaria—, y que actualmente hay trabajos de solidaridad continental qué respetar, entre ellos la cordialidad norteamericana, adquirida a fuerza de tacto y de justicia distributiva, de moral política y de miramiento internacional.

Por su parte, el Gobierno de los Estados Unidos ha hecho saber que la actual revolución de México no afecta en nada la verificación de los arreglos que han de normalizar la amistad con México, y esto prueba que el tacto americano aprecia cuánto vale la entereza moral del Presidente Obregón.

¿Cómo puede calificarse la actitud del señor De la Huerta? Arrastrado posiblemente por la sugestión de una popularidad que resta mucho de ser la verdadera, se coloca fuera de la ley en los precisos momentos en que más útil y beneficiosa le era la ley, dando lugar a que se arruine la perspectiva de continuación de la vida constitucional.

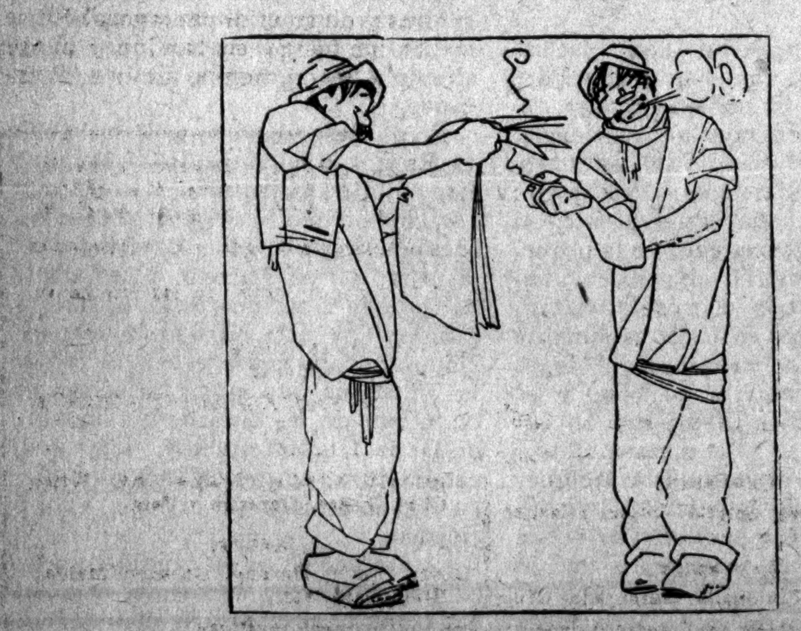
Este aspecto de la vida mexicana nos sugiere algunas proposiciones. ¿Está próxima la derrota del Poder Democrático Contemporáneo?

La reacción se inicia en el mundo entero. Pudre ya la semilla de la Revolución Francesa; la burguesía pseudo-intelectualizada se organiza en España, Italia, Francia; la actitud de Inglaterra no puede ser más inequívoca. Queda Rusia, luchando en un desamparo trágico, y México, organizando su igualdad. ¿Qué va a ser de todo esto?

Quédanos la esperanza de que la disolución de la semilla democrática sea el proceso por el cual se desenvuelva el árbol frondoso, o el temor de que esa disolución obedezca al casco ardiente de la bestia que pasa sobre el campo de las siembras humanas.

RAFAEL CARDONA.

Guatemala, diciembre 13, 1923.



—¡Uy, mano, cómo hay candidatos... y nosotros...
—Como siempre: candidotes.

(*Excelsior*, México, D. F.)

POR GARCÍA CABRAL.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Consejos a la juventud literaria

[*La Revue Hebdomadaire* ha realizado una encuesta entre la juventud intelectual francesa para saber cuáles son las influencias que han actuado más vivamente en la formación de su espíritu. La mayoría de los jóvenes escritores que han respondido a la curiosidad de la revista declaran que la obra de Barrés es la que ha ejercido mayor acción sobre ellos. Antes de publicar esta encuesta en un volumen, sus autores, Henri Rambaud y Pierre Varillon, han pedido a Barrés una opinión y algunos consejos sobre la tarea que corresponde realizar a la joven inteligencia francesa. Nuestro ilustre colaborador ha reservado a *La Nación* la primicia de esta bella página, en la que el maestro, al aconsejar a la juventud de su patria, expresa los principios que son la regla y el fin ideal de su propia vida, y establece normas espirituales que leerán con provecho cuantos se inician en la difícil carrera de las letras.

Los sufragios de la juventud literaria francesa han designado, junto a Barrés, a la condesa de Noailles, a Charles Maurras y a Paul Bourget como los espíritus que más han influído en su formación intelectual. También estas tres grandes figuras literarias han reservado a *La Nación* las primicias de las páginas en que condensan, como Barrés, la experiencia de su vida intensa, para edificación de las jóvenes generaciones que siguen su luminosa huella].

Luego de honrarme con vuestra opinión amistosa, deseáis que, a mi vez, os diga yo mi sentimiento... Sin embargo, no puedo sino mirar en silencio, con una viva simpatía, este minuto de vuestra partida, en que aun estáis confusos y, todos, poseídos de ardientes esperanzas. ¿Cómo reconocer aquellos marcados por el signo divino, los cuatro o cinco que se destacarán decididamente del grueso de la tropa? He ahí algunos cuya parte, a no dudarlo, será grandiosa. Nunca el espíritu francés tuvo tarea comparable a la que parece reservada para los hijos de la victoria.

Una época nueva comienza. La gloria que se os propone desborda la tarea que tuvimos nosotros. Queréis hacerme un sitio en vuestra confianza. Oh, ¿lo que fué, en síntesis, mi vida? Y bien, el interés mío, mi pasión, mi destino, ha sido la cuestión del Rin. He dado un sentido más rico a la Lorena, he contribuído a establecer sin discusión la fidelidad de Alsacia y Lorena, he ayudado en la medida de mis fuerzas a la inteligencia de los verdaderos destinos de esa región, he arrojado algunas simientes de unidad espiritual en la antigua Austrasia. De todo eso, dos libros consagrados a la historia de los países alsacianos y loreneses y un poema, *La colina inspirada*, dedicado a todo ese país del Rin, podrán subsistir. Para hacer contrapeso a una excesiva importación de germanismo, dirigí las imaginaciones hacia España y los grandes países luminosos, en algunas notas que España misma acogió para ella. Me resta sólo doblar mi Cántico de las Iglesias con un Cántico de los Laboratorios. Pondré mis recuerdos, mi itinerario, como post-scriptum de una vida de la cual el itinerario de mi abuelo, J. B. Barrés, es el prefacio. Y habré concluído. ¿Pero vosotros?

Vosotros que tenéis la doctrina y la base, los acontecimientos en los cuales fuisteis grande parte, ensanchan maravillosamente vuestro horizonte. Las más vastas comarcas se abren a vuestra actividad. El valle del Rin, las nuevas Naciones de la Europa Central, la Siria, el Imperio Africano, os someten tesoros inmensos que realizar en la forma. ¡Privilegiados que sois! Tomaréis contacto con pueblos que para vivificar sus energías necesitan vuestra ayuda; acogeréis todas las parentelas prudentemente reconocidas. Corresponde a vosotros dilatar el alma francesa en las fronteras del Tratado de Versalles.

Guardaos, sin embargo, de retardaros en las teorías y en los raciocinios. Un tronco vigoroso, sólido por sus raíces y emergiendo recto, un follaje espeso, son, por cierto, indispensables, pero necesitamos flores en abundancia. Amad el oro, el azul y la llama. A todos aquellos capaces de tomar la vida por su cariz poético, solicitamos imágenes y cantos que ennoblezcan el siglo y colaboren en la obra de los héroes y de los santos. Conocéis la querella que se me busca a propósito del *Oronte*. Si ella tiene algún sentido digno, es un reproche de no mantenerme diaria y nocturnamente en medio de la batalla tal como otros la ven; un reproche por seguir yo, a mis horas, la divina fantasía, la joven esperanza, el grupo de las diosas. Lo que me reprochan algunos, en eso, es lo que un Julio Michelet se echaba en cara a sí mismo. Cierto día, de paso por Colonia (después de haberse propuesto el eterno problema del Rin), se interroga, al mismo tiempo, sobre su propia misión y sobre la misión de Francia, y escribe en su carnet íntimo: «No tendremos fuerza sino como sencillez de ideas, rectitud. Excluir todo capricho de arte: *Mala gaudia mentis*». ¡Ah, como lo comprendo! Y, no obstante, es un gran defecto el exceso de voluntad clara, firme, en la vida espiritual. Amigos míos, no descuidéis prestaros a lo que os propone la ocasión; que no os absorba un deseo demasiado difícil; acoged el minuto feliz.

Cómo surge en un artista el deseo de una obra y mediante qué etapa se alimenta ella, se forma, aparece a la vida, es cosa que escapa al escritor mismo y acontece en las regiones subterráneas, por una serie de operaciones indefinibles, que pueden llamarse místicas. Es posible, a veces, señalar el instante de fiesta y de fuego en que el autor ha cogido un primer relámpago del trabajo que en él se realizaba. Pero sería locura referirlo todo a este estremecimiento, que carecería de eficacia si una preparación no preexistiese.

Un día, a los veinticinco años, ví, no importa dónde, el hermoso nombre de Aigues-Mortes, y a continuación algunas indicaciones acerca de sus muros y de su erial pantanoso. En seguida me pongo en camino y al caer la tarde llego a tiempo de ver el cre-

púsculo sobre los estanques, oigo las tonterías de la mesa de posada, que me excitan el espíritu, y al día siguiente, después de haberme paseado en el Grau-du-Roi, entraba en el Palacio Borbón con mi novela en la cabeza.

Y a propósito, la semana pasada tomaba el tren en provincias; para subir a mi compartimiento tuve que molestar a una joven que, asomada a la portezuela, conversaba con un hombre parado en el andén; lloraba dulcemente y por momentos oía yo su gemido: «¡Dios mío, qué decepción, qué desgracia!»

Cuando el tren se puso de nuevo en marcha, quedó ella agitando, todo el tiempo que pudo, su pañuelo por la ventanilla. Después se sentó y lloró.

Para que esta tierna criatura pudiese desolarse a sus anchas dejé el sitio que ocupaba frente a ella y fuíme a mirar el paisaje, en la esquina opuesta del vagón. Por más delicadeza, y como los rayos del sol poniente le diesen en los ojos, bajé la cortina, temiendo que secasen demasiado pronto llanto tan meritorio.

Se volvió hacia mí para agradecérmelo y de súbito, en medio de sus lágrimas, la cara se le iluminó, y maravillada:

—¡Cómo! Señor, no creo engañarme... no me animo... ¿es realmente el Sr. M. B. con quien tengo el honor de hablar?

—Al mismo señor B., que está a sus órdenes.

—¿Por qué no lleva usted sus condecoraciones?

—Porque no tengo ninguna.

—¡Qué injusticia! Pero no importa. Sólo la inteligencia importa. Nada pongo yo por encima de una bella conversación. Me encanta hablar con los intelectuales, con un doctor, un profesor.

—Seguramente ese joven que hace un rato tenía el placer de causaros tanta pena es un profesor.

—¡Oh, él!—me dijo con una sonrisa desdeñosa—es mi *gigoló*.

En ese punto me sumergí en la lectura de mi diario, diciéndome que no es necesario más, a los veinte años, para encauzar, precipitar y cristalizar los elementos de interés suspensos en nuestra imaginación.

Así nacen las Berenice, así recibimos, del azar y de la sonrisa de una loca que pasa, el ligero estremecimiento del que puede nacer alguna cosa de romancesco y un algo extravagante. Todo es sorprender la emoción enteramente viva, porque ella salta con tanta rapidez como una curruca entre un árbol en la primavera.

La chispa, sin embargo, no inflama sino los materiales acumulados. Todo lo que se recibe por fortuna se lo obtiene a la medida de aquello. Un grano produce según la calidad de la tierra que lo acoge. Trabajad, pues, con encarnizamiento para que sea fecunda la ocasión divina. Y, no obstante, esta hora de posibilidad dejadla venir sin exceso de solicitación; libremente ofrecidos al destino, prestaos a los cuatro vientos del Espíritu que sopla donde él quiere.

Vuestro destino permanece oscuro, a vosotros mismos más que a nadie. ¡Y felizmente! Es en las tinieblas donde el alma madura y donde el genio trabaja. Pero nuestro voto, nuestra esperanza, nuestra certidumbre, lo que de vosotros aguardamos, es que pongáis victoria en las letras francesas.

MAURICE BARRÉS

(La Nación, Buenos Aires).

Las nuevas ciudades

El último Congreso de la Asociación Médica Británica sugiere la posibilidad de que cambie en un futuro relativamente próximo la estructura de las ciudades y, por tanto, la de la civilización. Un médico famoso, el Dr. Childe, Presidente de la Asociación, ha dicho una vez más lo que ya saben casi todos los médicos del mundo, y es que la causa casi única de la tuberculosis, el raquitismo infantil, el linfatismo, etcétera, ha de encontrarse en la falta de luz y en la falta de aire. Ambas faltas se dan a menudo en el campo, por carencia de condiciones higiénicas en las viviendas. Aquí el remedio consiste en someter las viviendas a una inspección higiénica, como la que realiza el Gobierno sueco hasta en las últimas casucas de sus bosques inmensos.

Pero el mal se produce principalmente en las ciudades, y aquí el remedio no es tan fácil. Hay barrios que no pudieran higienizarse sino destruyéndolos, a causa de la aglomeración de las viviendas. ¿Qué hacer en estos casos? El doctor Childe ha propuesto un remedio: Que se promulgue una ley por la que se prohiba en lo futuro edificar más de un determinado número de casas por hectárea. La sugestión del presidente fué aceptada por unanimidad por los miembros de la sabia Asociación, y como el gremio médico es uno de los más influyentes de Inglaterra, no sería extraño que se llegase a promulgar una ley por la que se limitase el número de viviendas que se pueden levantar por cada hectárea de terreno, y hasta que se fuese extendiendo gradualmente la ley a la propiedad ya edificada, prohibiendo que se reconstruyera, a medida que se fuese viniendo abajo, sino en la proporción marcada por la ley, y hasta podría dictarse una ley por la que se fuese obligando a los dueños de las fincas urbanas a atenerse gradualmente, en determinado número de años, a las disposiciones de la ley que prohibe el hacinamiento de las viviendas.

Podrá empezarse por prohibir que una vivienda tenga pared común con ninguna otra, y por limitar el número de habitaciones que habrá en cada casa. Lo cierto es que la aprobación con que ha recibido la Asociación Médica la sugestión de su presidente abre el pecho a la posibilidad de que las ciudades del porvenir se parezcan muy poco a las de la actualidad. Basta, en efecto, con que la ley intervenga eficazmente para que poco a poco sean reemplazadas las ciudades actuales por ciudades jardines, donde cada familia viva en su casa y donde entre casa y casa haya una huerta o un jardín.

Ha fracasado el sistema que permite

La estimación extranjera

Nueva Revista, de Buenos Aires, en su Nº 36, reproduce del REPERTORIO AMERICANO, el trabajo *¿Existe la selección natural?* de nuestro distinguido colaborador don Juan José Carazo. No es la primera que el señor Carazo se hace acreedor a esta distinción.

construir viviendas para mera satisfacción de un interés personal. Ese interés es ciego y sordo a la voz de la higiene y a la del patriotismo. Ha de ensayarse un sistema nuevo. Es posible que este otro sistema no pueda prosperar sin que se encuentre antes la manera de limitar y reducir el valor de los terrenos. Esto es ya cosa que ha de ensayarse en la práctica. Pero lo que desaparece es la pesadilla de estas grandes ciudades tentaculares, que van poco a poco absorbiendo la población de los campos, hasta convertirse en monstruosidades mundiales, donde se acumulan millones y millones de seres humanos, que perecen un día, sin dejar descendencia, y matan al morir a las naciones incautas que las han permitido crecer y devorarlas.

Es posible que sea Inglaterra, que ha dejado emigrar a las ciudades tan gran proporción de campesinos, la primera que empiece a transformar las ciudades mismas, trayendo a ellas el campo, por medio de leyes que obliguen a los propietarios a espaciar las viviendas, ya que no encuentra la manera de obligar a los ciudadanos a que vuelvan al campo.

(*El Sol*. Madrid).

Música y astronomía

Londres, 1923.

Los antiguos y los poetas de los días más recientes, sobre todo Shakespeare y Milton, asociaron la Música con los Astros. Esta asociación ha sido demasiado universal y duradera para ser simplemente un capricho de la imaginación. La idea de «la Música de las Esferas» y «sus números mágicos y su sonido persuasivo» debe haber surgido por experiencias arraigadas en el hecho. Este encuentro de la ciencia con el arte se halla en el campo de las matemáticas. La idea de una «armonía universal», término muy usado por los filósofos pitagóricos, se debe quizás al hecho de que reconocieron una propiedad común en los sonidos musicales y los movimientos planetarios. La armonía musical dependía de los intervalos matemáticos de los sonidos, y la armonía universal parecía depender también de los intervalos rítmicos de los movimientos planetarios. Así se vió que el número es el principio de ese orden en que está formado el universo. El instinto poético desarrolló esa idea y asignó a cada planeta su parte en el coro celestial. Mercurio representaba la voz de soprano, Venus la de contralto, Marte la de tenor y los lentos planetas Júpiter y Saturno la de bajo.

En las escuelas de la Edad Media, la música y las matemáticas eran los estudios básicos. El cuadrivio de la época de Carlomagno comprendía la astronomía, la aritmética, la geometría y la música. Hasta que no se inventó el telescopio, la astronomía no fué sino un estudio de los movimientos rítmicos del sol y los planetas. Hasta la época del Renacimiento, el libro de música que existía era el escrito por Tolomeo. Pero al gran astrónomo Galileo y a su padre Vincenzio debemos el nacimiento de la nueva astronomía y de la música moderna. Galileo, con el telescopio que inventó, pudo colocar a la astronomía sobre una base científica y nos dió la teoría moderna del universo. Era también un músico hábil, alumno de su padre, también gran matemático y creador de la *monodia* precursora de nuestra ópera moderna. En Herschel, la música y la astronomía parecían ser una misma cosa. No sólo tocaba admirablemente el óboe, el violín y el órgano, sino que componía sinfonías y piezas que se tocaban en los conciertos de Bath cuando él era director de orquesta. Ahora bien: mediante la música Herschel llegó a ser astronómo. A fin de dominar la teoría de la música, dice que se dedicó a «todos los ramos de las matemáticas». Las *Armonías*, de Robert Smith, y *Un sistema completo de óptica* lo llevaron a la *Astronomía* de Ferguson. Ahí hubo una chispa que incendió su imaginación. Desde entonces dividió su atención y su amor entre su óboe y el telescopio.

Por su descubrimiento del planeta Urano, mediante el telescopio de su invención, ascendió de director de música a astrónomo real. Cuando José Haydn lo visitó en 1791, reconoció en él a uno de sus tocadores de óboe y le asombró mucho el entusiasmo que demostraba el músico por la astronomía. Acababa de perfeccionar su telescopio, en compañía de su inteligente hermana, el cual le permitió descubrir los montes de la luna; a este respecto hay una curiosa coincidencia. El especialista en observaciones lunares era por ese tiempo Juan Schrocter, el astrónomo alemán. Schrocter era aficionado a la música, y como oyese hablar de las composiciones musicales de Herschel, quiso conocerlo. En esa época no sabía que éste era astrónomo; por tanto, es de imaginar su asombro cuando, al conocer al compositor, el especialista en observaciones lunares descubrió que Herschel sabía de la luna más que él.

El director del Observatorio Real de Potsdam, Carl Vogel, como asimismo su ayudante, poseían también extraordinarios dones musicales. Felipe Fox, ex-director del Observatorio Dearbon de Estados Unidos, el Doctor Courvoisier, del Observatorio de Berlín, y los astrónomos de Glasgow y Génova, fueron hábiles violinistas o pianistas. En realidad, puede decirse

Dos autográfos

Considero a Costa Rica la más culta y civilizada de las naciones latino-americanas porque en un corto territorio ha hecho en proporción más que las otras.

J. Vasconcelos

México, Oct. 9 de 1923.

Mi estimación más profunda en Centro América es Costa Rica. Conozco i aprecio a sus maestros. Conozco i aprecio a sus escritores. Me parece un modelo para los países pequeños por su cultura, i, sobre todo, por su dignidad. Equivale al Uruguay, en nuestra América del Sur.

Con alegría escribo estas líneas para Berrocal, maestro i poeta.

Gabriela Mistral

(Escritos en el Album de *R. Alvarez Berrocal*).

La celebración de los veinte años de la República de Panamá

El 3 de noviembre pasado celebró Panamá los veinte años de República. Ediciones extraordinarias de los diarios panameños con este motivo.

Al cuidado de la Secretaría de Instrucción del país vecino y hermano debemos el conocer tres de esas ediciones: la de *El Tiempo* (diario), la de *La Semana* y la de *La Voz Rotaria* (revistas ambas); todos editados en la ciudad de Panamá.

Colaborador obligado en las citadas ediciones ha sido el Sr. Presidente Porras. Otros colaboradores: el Sr. Méndez Pereira, Rector del Instituto Nacional (reproduciremos su artículo *Veinte años de labor educativa)*; el señor Arosemena, y así otros, extraños y propios.

De todo se habla en esas ediciones conmemorativas y laudatorias del progreso panameño: de la enseñanza, las finanzas, la masonería, la filatelia, el periodismo, la historia, los telégrafos, las asociaciones, el Banco Nacional, el Cuerpo de Bomberos, municipios, caminos y otras obras públicas.

que raro es el astrónomo que no haya sido músico.

Esta unión de la música y las matemáticas tiene, pues, una base física. Cada una es la expresión del número ordenado. El único otro arte que expresa el número ordenado y se basa en proporciones geométricas, es la arquitectura, y para los músicos este arte tiene un encanto singular.

La *octava* de la luz de rojo a violeta, lo mismo que la octava del sonido es un sistema de períodos vibratorios o de longitud de ondas. Las matemáticas nos ponen en estrecho contacto con la verdad abstracta, mientras que la música es el más abstracto de todos los artes. «Mirad profundamente—dice Carlyle—y veréis musicalmente; el corazón de la naturaleza está en todas partes donde hay música».

Existen dos dones hereditarios que se desarrollan más temprano que cualquier otro don, a saber: el poder de componer música y el del cálculo aritmético. Por eso vemos a menudo niños prodigios que demuestran tener esos extraordinarios poderes.

Hoy día el hombre quiere hallar esa órbita en la que todas las naciones marchen en armonía, lo mismo que los planetas cuyos movimientos ordenados son la música del cielo. ¡Tengamos en la Tierra la armonía de las naciones, que será también música!

A. H. MACKMURDO

(La Nación, Buenos Aires).

Clausura de Universidades en Alemania

Un telegrama publicado en estas mismas columnas nos ha dicho que cinco Universidades alemanas van a cerrarse por falta de dinero para su sostenimiento. La clausura de algunas de ellas, como las de Halle y Marburgo, suscitará sentimientos de tristeza en algunos españoles que en ellas estudiaron durante los años inmediatamente anteriores a la guerra. Fué, sobre todo, Marburgo, pintoresca y reposada, a cuya Universidad acudió una parte de la juventud española a abrevarse de filosofía neokantiana, escuela que allí tenía su centro principal, encarnada en la figura ya casi ciega, pero todavía muy vidente en pensamiento, del viejo Hermann Cohen. Natorp, el de la pedagogía social, que en España ha ejercido alguna influencia, también adoctrinaba en aquellas vetustas aulas de Marburgo. Toda aquella filosofía, que era como un último reducto de la razón pura, de la metafísica racional, queda hoy lejos para algunos, desplazada por movimientos intelectuales más en consonancia con esta turbia época de trasguerra en que el espíritu se deslíe en biología y poético empirismo, si cabe el aparente contrasentido; pero, de todos modos, no dejará de mover a melancolía la noticia de que la pobreza y creciente desorganización de Alemania obliga a cerrar aquel apacible templo filosófico.

Pero, como síntoma, la noticia encierra aún más honda gravedad. He ahí un pueblo, Alemania, que después de haber alcanzado tal vez el mayor florecimiento intelectual de la época contemporánea y uno de los más altos de todos los tiempos, comienza a desarticularse también como órgano de cultura y a retroceder a estadios de la historia en que los mejores hombres no tienen tiempo ni energía para nada que no sea ganarse el pan cotidiano. Sabíamos de sabios alemanes que habían tenido que abandonar su profesión de investigadores y maestros para dedicarse a oficios más lucrativos y nada filosóficos ni científicos; otros tuvieron que emigrar a lejanos países, para poder vivir de sus especialidades. A su vez, disminuía el número de estudiantes, porque, hijos en su mayor parte de la clase media, ésta es la que primero está desapareciendo en la catástrofe social que sufre Alemania. Es posible que de la clase obrera, que va defendiéndose del caos creciente, surja con el tiempo una nueva pequeña burguesía, que sustituya a la pequeña clase media del siglo pasado. Pero todavía no está en situación de alimentar las viejas Universidades ni, por lo visto, bastan los nuevos ricos ni el Estado para sostenerlas. Se impone, pues, el suicidio de la enseñanza superior. Es el principio de un regreso al estado de barbarie.

Para los que veían y siguen viendo un mal abominable en toda la cultura alemana, sin distinguir la que aspiraba a servir al hombre, enriqueciendo su personalidad, por encima de razas y nacionalidades, de la que sólo era un servil instrumento del Estado alemán, este eclipse de algunas Universidades germánicas les parecerá un excelente augurio, y es posible que en su fuero íntimo deseen la clausura de todas. Pero para los que sobre los odios de fronteras contemplamos la unidad del pensamiento y la cooperación de todos los pueblos a fines comunes de cultura, la extinción de Alemania como organizadora y creadora de valores ideales nos parece una desdicha de que pronto se ha de resentir el mundo. Además, lo que acontece en Alemania por efecto del desorden internacional desatado por la guerra y por el Tratado de Versalles, es una imagen reducida de lo que ocurrirá en toda Europa si la vesania y el egoísmo mal entendido siguen imperando y estorbando a la restauración de una justa normalidad de relaciones internacionales. Si continúa la actual locura anárquica, no sería sorprendente que Inglaterra y Francia tuviesen también que cerrar dentro de algunos años sus Universidades, por falta de estudiantes o de dinero para mantener al profesorado. Europa entera está abocada a caer en una barbarie sin remedio. Esas Universidades alemanas clausuradas son las primeras fortalezas de la cultura que capitulan a la invasión subterránea. Y a todos los europeos se nos queda enterrado algo bajo sus ruinas.

(El Sol, Madrid).

El Libro de Versos

Anuncia *Cromos*, de Bogotá, en su número 383, del 7 de diciembre pasado, que ya está a la venta *El Libro de Versos* de José Asunción Silva, en la edición que pedía Guillermo Valencia, hecha con «meticuloso cuidado» y «religioso respeto». Sencilla y elegante edición de los talleres de la Casa Editorial CROMOS, que ve la luz a los 27 años de fallecido el poeta.

La misma Casa editará la novela *De sobremesa* y en edición mínima, las *Las gotas amargas*. Tomen nota de todo esto los devotos de Silva, que son muchos en nuestra América.

Las manos de Gabriela Mistral

No sé si fué en el prisma de una antigua [redoma
o en uno de los lienzos del museo colonial,
donde ví adormecidas dos alas de paloma
que eran como las manos de Gabriela [Mistral.

Manos en cuyos dedos un resplandor asoma:
tal un rayo de luna que juega en un rosal,
tal un pañuelo blanco que de quietud aroma
la sensitiva seda de un cofre medioeval.

Manos que modelaron la estatua de las [horas,
con ansias imprevistas y formas seductoras,
tal vez al sólo influjo de destinos adversos...

Y que, en su reciente conjetura de armiño,
ya se han quedado apenas acariciando a un [niño
o escribiendo una vida toda llena de versos...

R. ALVAREZ BERROCAL.

México, 27 de Nov. de 1923.

El poeta vasco Pedro de Enbeita

[El Centro Laurak Bat, de la Rep. Argentina, tomó recientemente la iniciativa de rendir un homenaje al famoso poeta vasco Pedro de Enbeita, a quien los habitantes de su región natal hicieron objeto, el año pasado, de una verdadera glorificación pública.

Pedro de Enbeita encarna el alma de su raza. Poeta de las montañas, rústico y hondo, recorre las hermosas comarcas de su país cantando con acentos profundos y armoniosos los sentimientos tradicionales, la herencia espiritual que se transmite de generación en generación en las gentes de la raza, y que traen, hasta esta época moderna, viejas modalidades en que residen virtudes que parecen eternizarse. Su popularidad es inmensa. Todas las poblaciones vascas le oyen con admiración religiosa. Enbeita jamás ha escrito sus poemas espontáneos. Al igual de otros muchos poetas de pasados tiempos, trovadores llenos de sentimiento que interpretaron las alegrías, los dolores, las esperanzas y las glorias del pueblo vasco. Enbeita es el intérprete actual, el heredero de los cantores famosos de otros siglos. Acaso ninguno como él ha llegado tanto al corazón de sus compatriotas. Hombre pobre, labrador, sin cultura intelectual, vive en plena montaña. El amor y la admiración de sus compatriotas se evidenció en las proporciones extraordinarias que tomaron las fiestas celebradas en su honor el año pasado. Alrededor de 30,000 personas se congregaron en la villa de Eibar en una gran manifestación de homenaje. Trenes especiales acudieron desde los siete señoríos vascos: Alava, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya, Lapurdi, Suberoa y Besabarre. En Bilbao se le ofreció un banquete de 3,000 cubiertos.

El Centro Laurak Bat y demás asociaciones adheridas a la iniciativa que ahora, en la Argentina, suscita el nuevo homenaje, tuvo en cuenta la pobreza de Enbeita, su oficio de labrador y sus numerosos hijos, y resolvieron donarle, mediante subscripción, el caserío en que vive.

Para hacer más significativo el homenaje se resolvió pedir a Leopoldo Lugones su colaboración poética, que éste acordó sin vacilar, escribiendo, para acompañar el envío, los bellos versos que publicamos.

Enbeita contestará en una improvisación a Lugones, la que será tomada en forma taquigráfica].

SALUTACION A ENBEITA

Saludo al bardo libre, Pedro de Enbeita el vasco,
en la raza que él canta bajo el frontal peñasco
con que al cielo apuntala su Pirineo agreste,
grave, arduo, inconquistable, claro, audaz, fiel, celeste
de elevación él mismo, como si, héroe y monte,
le abriera a Euzkadi (1) el cénit por supremo horizonte:
conforme, antes que al cebo domesticarse entecos,
su páramo prefieren águilas y rebecos.

Lo saludo en la nieve de sus cumbres, emblema
de la pureza heroica que como el fuego quema.
En el risco que la árida llaga del liquen muerde,
y en la frescura virgen de la soledad verde.
En las serenidades sin fondo, que a lo lejos,
parece que empavonan de torvo azul los tejos;
y en la tormenta brava que con tajante lampo,
azufra su hacha lívida sobre el pavor del campo.
En el vigor genuino del roble y del alerce,
que ni en la viga afloja ni en la cuba se tuerce.
En la dichosa umbría del castaño; en la gruta
y en la hiedra de lóbregos párpados que la enluta,
cobijando el misterio de la montaña inmensa.
Y en el azul ambiente con que el abeto inciensa.

Lo saludo en la acerba virtud de la genciana.
En la suavidad de la clemátide temprana.
En el forzudo cáñamo del obenque y la sirga,
y en la gleba entrañable que el arado desvirga.

Lo saludo en la clara facilidad del agua,
y en el jadeante fuego que atarea la fragua.
Lo saludo en la bulla pueril del manantial
que trisca con su gárrulo cascabel de cristal.
En el torrente que su vidrio grueso destriza.
En la fontana que íntima calla y se profundiza.
En el mar de Vizcaya, que ora se desenfrena,
con la negrura oleosa de la antigua ballena
perseguida hasta Islandia por el recio arponero
de la boina calada y el braceral de cuero;
ora mece, peinándola a la luz de la luna,
sobre su piel de plata la sirena euskalduna.
En la copla marina que dió ritmo a la cabria,
templando la maroma de la urca de Cantabria
y el espinel de altura que atesó el bacalao.
En la sorda quejumbre que zumba el birimbao.
En la cuerda que afija la voz del *koblakari*. (2)
En el loco pandero que tunde el *charivari*. (3)
En el soplo del rústico albogue que arrebata
con frenesí ardoroso la bien danzada *espata*. (4)
En la feliz zampoña que improvisa el zorcico,
y bajo la pineda finge al oriol y al pico.
En el rebaño, dócil al pastoril cencerro,
y en el valiente júbilo de buen pastor, del perro.

Lo saludo en el oso, que astutamente huraño,
ablanda su peluda descalcez de ermitaño.
En el lobo, sorbido por su aullante oquedad.
En el águila obscura como la tempestad.
En el jabalí ríspido que casca la bellota
bravía. En la instantánea gamuza que rebota
con brinco abismal, como si restara en la cuesta
su encorada pelota la formidable cesta.
En la azorada gracia del corzo y de la ardilla.
En el pitón del ciervo, que enasta la cuchilla,
y enarbola, estampándola sobre el azul del cielo,
la candente soberbia del almizclado celo.
Y en la cabra montesa, que ante el tajo inaudito,
plantada con rugosa brusquedad de granito,
donde el insostenible ventisquero se licua,
precipitando en vértigo su insensatez oblicua,
barbada por la aurora con un mechón de sol,
arriesga el salto vasco desde el natal peñol.

Lo saludo en la fuerza coordinada del buey.
Lo saludo en el áspero hierro de buena ley
que el mozo de Guipúzcoa forja y tira en la barra.

(1) La tierra vasca.

(2) Poeta popular.
(3) Cencerrada nupcial.
(4) Danza nacional de los vascos.

Y en el porfiado brío del mulo de Navarra.
En la cantante hidráulica que acompasa el rodezno,
y en el tenaz aguante del pértigo de fresno.

Lo saludo en la industria seria y fina, que es gloria
de la armería en Eibar, del telar en Vitoria,
ya incruste la pistola, ya trame el leve tul.
(De terciopelo de Alava me haré una boina azul).

Lo saludo en la limpia firmeza del camino.
En la hidalguía rústica del garzón campesino,
que del jarrete elástico al entrecejo escueto,
descuella con la esbelta pujanza del abeto.
En la beldad que impone la moza fresca y dura,
de la alpargata cándida y la airosa cintura.
En la espumante sidra que el regocijo exalta,
y en la cordial nobleza del rancio de Peralta.

Lo saludo en la gloria del himno que alto y puro,
cantando a Roncesvalles con el cuerno del uro,
saca por las espaldas de la invasión dispersa,
la cuenta de Altabíscar, trágicamente inversa.
En la prez sin jactancia del corazón entero.
En el rencor durable del varón verdadero,
que soliviando el hígado, desde la roja faja
vívida lengua erige flameando en la navaja.
Y en el silencio de águila del dolor arrogante,
que a la virtud de Ignacio dió talla de diamante.

Lo saludo en el orbe de Sebastián Elcano,
y en el blasón antiguo que juntó, soberano,
como las dos del nuestro, las tres manos de Arriaga.

Lo saludo en el bravo pincel de Zuloaga,
que hasta la entrada hundiéndose de punta y de revés,
acuchilla la vida cual si fuese una res.

Lo saludo en la fama de Iparraguirre el Grande,
que un día, ennoblecido de Pirineo y de Ande,
cantó con voz que el alma de dos patrias encierra,
en la guitarra gaucha su loa donostierra.

Lo saludo en la aurora que entreabre su granada,
y en el día que parte su toronja dorada.
Lo saludo en la tarde gemida por los píos,
que reina como un ángel en los montes sombríos.
Lo saludo en la noche, que cernida de estrellas,
junta en la misma Vía de esplendor nuestras huellas.
En su idioma de hierro, dulcemente sonoro,
como el batido yunque canta con timbre de oro.
En el mirlo, su chistu (1) y en la alondra, su flauta.
En su verso sin letras y en su canción sin pauta.

Lo saludo en la Patria que toda gloria explica.
Lo saludo en el vástago del Arbol de Guernica.
Lo saludo en el Fuero de la honra y la equidad.

Pedro de Enbeita el vasco ¡Viva la libertad!

(La Nación, Buenos Aires).

(1) Silbato de los pastores.

Palabras

pronunciadas por don J. C. Sotillo Picornell en el momento de la consagración de sus hijos varones a la causa del Socialismo Universal.

Si estuviera poseído, señores, de que mis hijos hubieran de heredar la ética de mis principios políticos inspirados en la evolución de un espiritualismo que ninguna palabra podría traducir mejor que el calificativo de cristiano, si estuviera en la posesión de ese hecho, no contraería con vosotros, padrinos y asesores de la ceremonia que realizamos en este momento, y con la sociedad en que vivimos, la grave responsabilidad que entraña un acto de la significación del que estamos realizando.

Pero así como ha llegado a hacerse tradicional, digámoslo así, la consagración de los niños a las doctrinas del Rabí que por veinte siglos ha mantenido la llama de los más nobles principios de humanidad en una gran parte de los habitantes del mundo, así en el orden político se hace necesario velar por la preservación de los más sanos principios de ética, cuidando, señores, de que los principios y transformaciones en la moral política representada por la augusta evolución que presencian estos tiempos, puedan, no sólo conservarse en toda su pureza, sino que perseverando en ellos con la profunda convicción de que no responden sino a un definitivo progreso en el orden de las ideas políticas, podamos prepararlos para que esos mismos principios encuentren en sus espíritus propicio campo al desenvolvimiento y constante progresión de esos ideales en beneficio y provecho de la humanidad.

Tal es, señores, el sentimiento propulsor del acto trascendental que realizamos, y tal es la grave responsabilidad que contraigo con vosotros y con la humanidad al consagrar a mis hijos Arturo, Alvaro y Rodrigo Sotillo a la sacrosanta causa del Socialismo Universal, que es la causa del amor, de la razón y de la justicia.

¿Prometéis asistir espiritualmente a vuestros ahijados en los principios políticos a que han sido consagrados?

(Los padrinos (1) contestan afirmativamente).

Que ellos y la humanidad os lo premien. Si no, que os lo demanden.

Salud y fraternidad.

(1) Los padrinos: Don Jorge Volio Jiménez, Dr. Aniceto Montero, don A. J. Illarramendi.

Insinuación

Hay un artículo de esta entrega en que se habla de universidades alemanas que por indigencia se han clausurado. Quedan, pues, en Alemania muchos sabios sin trabajo y sin recursos.

Esta es la hora llegada de traerlos a las patrias del Caribe, a Costa Rica, por ejemplo, que los necesita para renovar sus ciencias.

La ciencia, como una preocupación civilizada de los pueblos, debe serlo necesariamente de sus gobiernos cuando son creadores y fecundos. Por escasos fondos de que dispongamos, algo serían, bastante serían, para que algunos de estos sabios alemanes en desgracia se resolvieran a venir a nuestro país.

Técnicos nos hacen falta en las diversas ocupaciones humanas. En ciencias—como actividad investigadora y organizada—hace 25 años que estamos anclados. Queda en pie esta insinuación del Repertorio Americano.